

IDEALISMO REAL

La falta de normas rígidas es una de las peculiaridades del mundo del arte y también de los artistas, o mejor: la falta de normas externas a ellos mismos, pues, como bien intuyó Kant, es el genio quien dicta la norma de la belleza, que no es matemática, puramente racional ni accesible sólo por la técnica, aunque tampoco es ajena al resto de la cultura en la que nace y a la maestría técnica indispensable para lograr la obra. Junto a pintores como Modigliani o El Greco que se caracterizan, entre otras cosas, por pintar siempre del mismo modo, surgen otros como Dalí o Picasso que no cesan de crecer internamente y evolucionan de unos universos a otros. La variedad, nota característica de la historia del arte en sus manifestaciones multiformes se ha mostrado también en la evolución de la meteórica carrera del joven Modesto Trigo Trigo (1960) quien desde un eclecticismo propio del autodidacta ha ido mutando su obrar con las influencias surrealistas en trabajos cada vez más aquilatados, compaginando esa labor con retratos, en sus orígenes al pastel y después al óleo, consiguiendo una maestría que hoy le consagra como uno de los más grandes retratistas de la actualidad (cuenta en su haber varios miles de retratados). La última etapa de Trigo le ha conducido al paisaje, sobre todo al paisaje urbano, en donde ha desplegado la perfección del dibujo y el color en lienzos de carácter figurativo pero que, pese a su detallismo, tampoco han buscado expresamente los fines del hiperrealismo. En un análisis detenido de su trayectoria cabe observar cómo, cuando llega a la cima de una modalidad pictórica, Trigo cambia de tendencia y, en cierto modo, de estilo, en un afán de continua superación, de buscar universos todavía no creados por su pincel. De ahí que, ante los primeros cuadros sobre Madrid, el observador encuentre perspectivas, detallados dibujos y ambientes inmersos en la arquitectura, mientras que en sus últimas piezas se precisa una tendencia a la investigación en efectos luminosos, la noche, los contrastes entre las sombras, semáforos que se iluminan en una calle oscura, la figura humana frente a los volúmenes arquitectónicos, la representación del ruido de los automóviles que se trasladan atravesando la lluvia, e incluso la última tendencia a pintar la complejidad de un paisaje urbano con un mínimo de líneas y manchas que, sin embargo, desemboquen en una impresión “realista” con la que, curiosamente, un espectador cultivado puede dejarse llevar a lo que en este autor no es sino una búsqueda del ideal. Sus últimas pinturas son una fusión de estilos en perfecta simbiosis que colocan junto a un cielo impresionista, unos edificios realistas sobre un paisaje abstracto o expresionista, como pretendiendo transmitir la escondida esencia que a veces nos oculta en su desvelarse la misma realidad. Si para los filósofos presocráticos la apariencia era engañosa, con el Arte (concebido éste como una de las más altas manifestaciones de la humanidad) se desvelan; muestran lo oculto en el mismo mostrar. Trigo se ha desvelado como autor que pretende lo máximo, y su pintura tiene la impronta de esa pulsión hacia lo universal a lo que tiende sin abandonar sus orígenes gallegos, cuya temática acompaña a las imágenes de la metrópoli, Madrid, en la que desde hace doce años desarrolla su intensa labor: la facilidad natural que se le ha dado a través del pincel le ha llevado a ser uno de los pintores más

fecundos de nuestros días). Ese anhelo de lo que está más allá de lo particular, del *Geist* (Espíritu) absoluto que diría Hegel, escondido en las obras plásticas, le ha conducido a interpretar lo eterno. De ahí que haya acudido a la tradición, no en la forma, sino en su contenido atemporal, lo que hace a los clásicos ser tenidos por tales. Pues si la variedad es nota característica de la historia de las bellas artes, no lo es menos la unidad de sentido, la búsqueda arriesgada de una belleza escondida incluso en lo más ingrato (aglomeración, atascos circulatorios, tráfico sofocante que Trigo sabe transmutar en goce estético, escogiendo de lo cotidiano su rostro más interesante) para que la obra nos lleve más allá de sí misma. Por ello, Modesto Trigo se une a la esencia de los que en la historia del arte han quedado grabados con sus nombres en letras de molde, no tanto por el estilo o la apariencia formal -con una técnica que sigue a los clásicos usa una sensibilidad sin embargo diferente- sino por su contenido transcendental. Las mujeres desnudas ante los cristales del rascacielos que muestran también desnuda la ciudad son símbolos, sugerencias contemporáneas. Trigo logra lo que con gusto admitiría Burke desde su *Philosophical Inquiry into the Origin of our Ideas of Sublime and Beautiful*: gustar de un modo natural al gran público por medio de una pintura “por naturaleza bella, lo mismo que la miel gusta al niño y el tabaco en cambio no”. Pero no se queda ahí, y su obra trasciende la superficie que simboliza el volumen, hace soñar, lleva a lo que no se ve, de lo claramente visible a lo invisible, pues no otra cosa es lo propio de las grandes obras. Su pintura, en línea con la de Franquelo, Naranjo o Antonio López, se abrirá justamente un hueco en los museos del futuro, de los cuales, probablemente, cuando cesen algunas modas mercantilistas, otras piezas se caerán por sí solas. El arte, cuando es más que un entretenimiento, más que una representación de lo “bonito” se convierte en algo similar a la religión por medio de lo sublime, o, como analizó Schiller en sus *Über die ästhetische Erziehung des Menschen* una ética máxima para elevar a la humanidad por encima de sí misma, para hallar, como si de una Encarnación renovada se tratase, lo divino en lo humano, a través de lo finito, lo infinito.

Ilia Galán

Profesor de Historia del Arte en la Universidad Carlos III de Madrid.